

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

Suscripción mensual: 60 cts.

Se suscribe en la Librería Europea

Idem Papelería Comercial

Idem Guía Kiosko de la Capital

SALE

Todos los Domingos

Oficina: Florida 407

Número suelto: 16 cents.

ENCARGADO:

FELIX G. BELOTTI

REDACTOR:

REMINGTON

La carta de un angelito

(Artículo en cuatro partes)

PRIMERA

Timoteo—Traigo á su merced una cosa de primo..... cartello.

Yo—Alguna noticia de importancia, *Timoteo*?

Timoteo—Una carta salomónica por su sabiduría y mas larga que la cuaresma, escrita por el doctor don Angel Floro Costa en la gran capital del Sud, y dirigida á S. E. el señor don Lorenzo Latorre, su *distinguido coronel y amigo*, quiero decir *compatriota*, pues así lo reza la carta.

Yo—No habrás leído mal, *Timoteo*?

Timoteo—No señor, y aquí tiene su merced el diario.

Yo—En verdad que dice el abogado, *distinguido coronel y compatriota*. Pero no entiendo porque lo llama *distinguido*.

Timoteo—Ni yo tampoco, señor amo, puesto que el coronel Latorre no tiene nada del calificativo con que lo adorna el firmante de esa longaniza. Pero vd. conoce al doctor Costa?

Yo—Nada mas que por referencias, *Timoteo*.

Timoteo—Yo estoy un poco mas adelantado que su merced entonces, pues lo conozco por sus cartas. El doctor don Angel Floro es una especie de Quijote político que embiste á *papelazos* con todo el mundo, pretendiendo hacer *papel* en su tierra.

Yo—Y es acaso algun Montesquieu, algun Pascal ó cuando menos una madama de Sevigné con pantalones?

Timoteo—Nada de eso, señor amo; es pura y simplemente un nuevo caballero de la *triste figura*, que anda buscando su Cervantes. Quiere pasar por un filósofo, por un Dios *enciclopédico* como decia el señor Mendoza Garibay en uno de sus arrebatos poéticos; y sin embargo no pasa de ser un *angelito patudo*, y perdone lo

grosero del término, porque le faltan las alas del génio y solo tiene las *aletas* de una presunción insoportable.

Yo—Te muestras muy severo con un hombre que ha merecido los elogios de *El Siglo*.

Timoteo—Ya hablaremos sobre eso, señor amo. Entretanto le diré á su merced que apesar de las ínfulas del doctor Costa, y de exhibirse como filósofo y literato, sus cartas no tienen ni la elegancia de las *Cartas persas* de Montesquieu ni la filosofía de las *Provinciales* de Pascal, ni la fluidez del estilo de Madama de Sevigné.

Yo—Y entónces porqué se dedica á escribir epístolas?

Timoteo—Porque cada hombre tiene sus manías. No escribe novelas Don Pablo Diaz, dramas su hermano Don Antonio, y manifiestos, como un político de *pacotilla*, mi amigo don Ramon de Ulloa, portero de *La Democracia*? Quien no busca la celebridad por algun medio, señor amo? Ulloa la busca con sus arengas, los Diaz con su literatura *sui géneris* y Don Floro Angel con sus epístolas, mas pesadas que las *romanas* de la iglesia.

Yo—De manera que ha escrito muchas cartas?

Timoteo—Creo recordar algunas. Cuando Don Eduviges subió al poder, el Dr. Costa tomó la pluma, y zas! escribió una carta á Don Eduviges; cuando Don Pedro Varela asaltó el Tesoro de la ración, Don Angel preparó el tintero y tras! una carta á Don Pedro Varela; cuando el Dr. Lamas aceptó el Ministerio de Hacienda, Don Floro se le afirmó al papel, y pun! otra carta al Dr. Lamas; y ahora que el coronel Latorre ha asumido el mando omnímodo de la República, allá vá la última carta á su *distinguido compatriota* el coronel Latorre.

Yo—Sin embargo, no podrás negar que el abogado Costa es una inteligencia brillante.

Timoteo—Indudablemente, como que pertenece á la familia de las brillantes inteligencias.—

Yo pienso con muchos sabios, que el valor y el talento son hereditarios en ciertas razas privilegiadas.

Yo—Luego hay en esta tierra una familia semejante?

Timoteo—No lo sabía su merced? Si señor que la hay, y es la familia conservadora. En ella los talentos se suceden como los zapallos en las quintas. Los conservadores son los astros de nuestro firmamento político; y así lo deja traslucir el doctor Costa.

Yo—Hola! esos son nuestros soles?

Timoteo—Y como el sol tiene manchas, los astros orientales tienen también sus puntos negros, aunque esto se lo calla el que firma la epístola al *distinguido* coronel Latorre.

Yo—Dejemos el asunto de las manchas y hablemos de la carta; mejor dicho, habla tú que la has leído.

Timoteo—La carta, según *La Democracia*, en el manuscrito tiene *seiscientas carillas*, y en *El Siglo*, que la publica con frases encomiásticas, ocupa casi la primera página ó sean *cinco columnas y media*. Que le parece á su merced el chorizo?

Yo—Me parece que tiene al menos el mérito de la cantidad.

Timoteo—Acerté señor amo, porque en cuanto á la calidad, le aseguro á su merced que la carta pertenece al *género averiado*; mas siendo como es, larguísima, es bueno que dividamos en cuatro partes los comentarios á que se presta, dando aquí por terminada la primera.

Sigue la longaniza

SEGUNDA PARTE

Yo—Adelante con la cruz.

Timoteo—Adelante y sigamos purgando nuestros pecados por medio de la *penitencia* que nos imponemos.

Yo—Nada pequeña por cierto.

Timoteo—Estamos en tiempo de cuaresma, señor amo, y es propio de cristianos purificar la conciencia. Supongamos que la epístola de don Angel Floro nos sirve de *purgatorio* y empecemos á darle al cilicio.

Yo—Desde ya Timoteo?

Timoteo—Desde ya señor amo, pues principio el resumen de la carta. Como lo dije á su merced, es un compendio de todos los conocimientos humanos, mezclados unos con otros de tal manera, que esa carta, mas bien que escrita para el coronel Latorre, parece escrita para la torre

de Babel, por la confusión de pensamientos, imágenes, estilo y lenguaje de que hace uso el doctor Costa. Es una carta-biblioteca, donde está apiñado el saber de don Floro. En ella la aritmética anda de manos dadas con la historia; la religión con la geometría, las finanzas con la literatura, la filosofía con el comercio, la medicina con la industria, los idiomas con el arte de criar abejas, la ciencia con la pedantería; en fin, es el alfa y el ómega de una instrucción *campanuda* que dá cada *badajada* que rompe el timpano.

Yo—Por consiguiente han de ser interesantes los puntos de que trata.

Timoteo—Tan interesantes como una señora embarazada de ocho meses. Es una carta *de bullo* y tengo *embarazo* para entrar á los detalles.

Yo—Paciencia, Timoteo. No me has manifestado que quieres purgar tus culpas?

Timoteo—Ya lo había olvidado, señor amo; pero su merced me lo recuerda y no quiero arrepentirme de lo dicho. Y aunque inspire á mis lectores el fastidio que me ha causado el chorizo que tengo ante mis ojos, digo: que el *ángel* de las buenas doctrinas (teóricamente al menos) empieza la enunciación de sus pensamientos escribiendo á su *distinguido compatriota* el coronel Latorre, que, apesar de no conocerlo *ni aun siquiera por una fotografia*, está en el caso de poder emitir sobre sus actos y gobierno un juicio acaso mas severo é imparcial—*semejante al que hará la posteridad á su respecto*.

Yo—Y así con esa frescura lo dice el doctor Floro?

Timoteo—Así, ni mas ni menos, y con la soltura de cuerpo de los saltimbanquis del circo.

Yo—De modo que su fallo es infalible?

Timoteo—E inapelable por lo visto, como el de nuestro Santísimo Padre Pio Nono, desde que se arroga las atribuciones y ocupa el lugar de la posteridad.

Yo—Pues no creo que sea muy modesta su pretension, Timoteo.

Timoteo—Modesta? Llámela su merced por su nombre, y diga que esa es una presunción insoportable. Y mas adelante el *angelito* de la carta, olvidando la vanidad de que hace alarde público, pega palo á los *nechos* y *presuntuosos políticos* de este país. Si tendrá agallas el nene?

Yo—Así es el hombre, Timoteo; siempre vé la paja en el ojo ajeno y no observa la viga en el propio.

Timoteo—Esto está bueno para un negro de mi clase, señor amo, y no para un abogado de *campanillas* ó *cencerros* como D. Floro. Cuando un doctor hecho y derecho se mete á dar consejos al gobernador de un Estado y garrote á los *nécios* y *presuntuosos* políticos, debía tratar de no incurrir en la misma falta que vituperá á los demás. El amor propio es muy feo, señor amo, y hace aparecer fátuo y ridículo al hombre que se cree sério, grave y talentado.

Yo—Es preciso disimular las faltas del prójimo, Timoteo, y tú mismo....

Timoteo—Repito que no es estraño que yo tenga las mias; pero al fin y al cabo yo no caigo en la necesidad de dar consejos á quien no me los pide, como don Angel, que los ofrece *gratis et amore* con una filantropía á lo don Ruperto, héroe de una novela de Escrich. Yo me limito á criticar lo malo y empiezo á reirme de mis propias criticas, para acabar burlándome de los tontos que se enojan por ellas, aunque estos tengan el copete ó el *capirote* mas alto que el autor de la longaniza á su *distinguido compatriota* el coronel Latorre.

Yo—A la carta, Timoteo; no te entusiasme, tanto.

Timoteo—La carta sigue con esta tremenda *ego-manía*—*No existiendo entre nosotros un órgano de justicia distributiva, yo, (eso lo dice á peu près el doctor Costa, y lo imito en meter expresiones traídas por los cabellos) yo vengo á llenar ese vacio*—Que opina su merced del escritor *violeta* ó *á la violeta*, que es el simbolo de la modestia?

Yo—Opino que vá *entonando* la voz.

Timoteo—Si señor, continúa en la mania de considerarse super or al conjunto de los hijos de esta tierra, desde que piensa que él solo es capaz de ser *justo, franco y elevado*.

Yo—Cada loco con su tema. Dejémosle con sus ilusiones, y sigamos analizando la carta.

Timoteo—Analizando? Ni un químico tendría paciencia para separar los elementos de que se compone el escrito y determinar su diferente naturaleza. Sigamos recojiendo al *barrer* lo que hallemos en la lectura. Hallamos que mas adelante escribe dos columnas sobre el doctor Lamas. Se conoce que se encuentra picado todavía por el ningun caso que le hizo el *viejo zorro* de nuestra diplomacia. Lo pone de oro y azul, no hay que decirlo, y le dá una furiosa paliza de *pluma* al Vizconde banquero, llamándole el Samuel Leví de nuestras contiendas fraticidas.

Yo—Mira, me gusta el apodo.

Timoteo—Y á mi mas que á su merced, aunque comprendo que el *despecho* entra por mucho en esas dos columnas.

Yo—Poco importa, mientras haga justicia.

Timoteo—La justicia, para ser buena, tiene que ser imparcial hasta en el móvil. Pero no hagamos hincapié en eso, que á la postre, por fas ó por nefas, el doctor Costa ha dicho una verdad de *Bruto*; y entremos de nuevo en el intrincado laberinto de la epistola *angélica*.

Yo—Dime, no quieres que descansemos un poco para tomar aliento?

Timoteo—Es conveniente, señor amo.

Yo—Entonces interrumpamos la lectura.

La longaniza de Don Floro

TERCERA PARTE

Timoteo—Después que la bien cortada *peñola* del señor Costa ha golpeado á su gusto á don Andrés y á Don Evangelista, echa incienso al coronel Latorre, pero de un modo tan abundante que el sahumero sofoca *por lo espeso*. Considero inútil advertirle que ya el doctor en leyes ha puesto á contribucion sus conocimientos universales; y en esas dos columnas ha *introducido* términos latinos, expresiones patológicas y voces *técnicas* de la historia natural. Allí el *archeum* está á pocos pasos de la *bulimia*, que no anda muy lejos de un *boa constrictor* enroscado al cuerpo de la patria.

Yo—Esas se llaman figuras de pensamiento.

Timoteo—No lo creo así, señor amo, porque las imájenes y las metáforas deben ser adecuadas al asunto; y en ese escrito están á veces tan fuera de lugar y de sazón, que al verlas medidas á la fuerza en medio de las frases, he pensado que Maciel y Sostoa habia tenido alguna parte en la redaccion de la epistola que firma el doctor Costa.

Yo—Tu no entiendes nada de los vuelos del génio, é ignoras lo que hace el númen en un momento de inspiracion.

Timoteo—Veo por la carta, señor amo, que hace decir tonterias ó locuras. Sabe su merced lo que ha pretendido don Floro? Vestir la frase con oropeles y campanillas para que suene y relumbre; y eso es cubrir con un ropaje de *double* la exiguidad de las ideas. En retórica se llama impropiedad de lenguaje ó afectacion ridicula, al hecho de prodigar figuras y metáforas de mal gusto para dar apariencias de elegancia al estilo.

Yo—No te fijas en tales pequeñeces, Timoteo.

Timoteo—Pequeñeces? No, señor amo. Nada es pequeño cuando sale de una pluma tan brillante ó de una cabeza tan gorda como la del autor de las seiscientas carillas. El que presume de erudito, de literato y de buen escritor, tiene que dar ejemplo de corrección, pureza, claridad, propiedad y lenguaje castizo. Las voces, términos, imágenes ó ideas que emplee en sus *elucubraciones*, preciso es que sean naturales, espontáneas y bellas; porque una elocuencia trabajada à martillo no es elocuencia, sino fraseología y hojarasca; es una piedra falsa que usurpa el título al diamante, señor amo.

Yo—Quieres que prosigamos con la carta?

Timoteo—Sigamos con el brillante mamotreto recomendado por *El Siglo*. Repito à su merced que el doctor Costa, despues de haber llenado de humos à su distinguido compatriota porque derrocó al gobierno de Varela, habla del *Manifiesto dictatorial* y confiesa que su lectura le produjo una impresion penosa.

Yo—Y la causa, Timoteo?

Timoteo—La causa? El coronel Latorre decia en su Programa que iba à inaugurar el gran partido de la moral pública, de la honradez administrativa, de la libertad en el orden, del respeto à las leyes y à todos los derechos garantidos por la Constitución.

Yo—Hombre, y esas promesas le produjeron una impresion penosa?

Timoteo—No, señor amo. Aplaudes esas lindas palabras pero dice que ese gran partido está fundado en el pais hace ya muchos años, y que ha tenido sus apóstoles y sus mártires.

Yo—Y quienes son los mártires y apóstoles olvidados?

Timoteo—Los de la Santa Liga de las inteligencias brillantes; patriotas de la talla de Melchor Pacheco y Obes, de Manuel Herrera y Obes, de Juan Carlos Gomez y Obes, etc. dice el doctor Costa.

Yo—Como es eso, Gomez y Obes?

Timoteo—Ah! perdone su merced; habia leído mal. El doctor Gomez no tiene el último apellido, pero es miembro de la misma familia.

Yo—Te equivocas, Timoteo, pues el gran tribuno no es ni pariente del Dr. Herrera y Obes.

Timoteo—Lo sé, lo sé, señor amo; pero he querido decir que pertenece à lo que yo he titulado familia conservadora.

Yo—Eso ya es diferente, Timoteo.

Timoteo—Ya vé su merced que el doctor Costa es hombre torcido d'un lado apesar de ser un hombre del derecho.

Yo—Asi me parece, y para ser ángel, Timoteo, creo que ha rastreado mucho la tierra y se ha ensuciado las alas revolviendo el fango de nuestros pasados extravios.

Timoteo—Eso no es nada en comparacion de lo que sigue, porque lo que sigue es querer tapar el cielo con un arnero.

Yo—Estoy ansioso de conocer el resto.

Timoteo—Pues allá vá. Dice textualmente, dirijiéndose al coronel Latorre y remachando el clavo de que los conservadores son los que inauguraron el gran partido de la moral pública: «Y cuando vd. apenas saldria de los bancos de la escuela y se ponía las primeras presillas en la carrera de su vocacion, hombres jóvenes, igualmente abnegados é inteligentes, devorados por la pasion de la patria, recojian esas tradiciones (las de la nueva Troya) como los hermanos Ramirez, José Ellauri, Fermin Ferreira, Julio Herrera y Obes etc., y en época mas reciente Agustin de Vedia y Francisco Lavandeira.» Que dice su merced del parrafito?

Yo—Creo que se ha equivocado poniendo al lado de los nombres de Ramirez y Herrera, los de D. Agustin de Vedia y Lavandeira. A mi juicio están pésimamente colocados.

Timoteo—Los horraremos entonces. Y de los restantes que piensa su merced?

Yo—Pienso que D. Angel se muestra muy generoso con sus amigos de circulo.

Timoteo—Por cuya razon no es ni sincero, ni recto, ni imparcial en sus apreciaciones. Y sabe lo que agrega mas abajo? Que todo lo malo que ha hecho el Dr. Ramirez, y no es poco; don Pepe Eduvijes, y no es poco; y D. Julio Herrera, y no es muy poquito,—no puede calificarse de transgresion de los principios de la moral política, sino, cuando mas, de errores de doctrina, falta de tino y de circunspeccion.

Yo—Caramba con el principista; y como les regala à sus amigos lo ancho del embudo! De modo que cuando el Dr. Ferreira y Artigas cantaba alabanzas al Dictador y llamaba à su gobierno un gobierno patriarcal, una dictadura de padre, eso no merece el nombre de transgresion de los principios de la moral política?

Timoteo—No señor. Eso, segun el doctor Costa, es un error de doctrina.

Yo—Y el asunto aquel de la permanencia ó de la continuacion de un Senado ilegal, sosteni-

de á capa y espada por el doctor Ramirez contra la voluntad de la mayoría del país, cuando los arreglos de paz del 72?

Timoteo—Eso es una falta de circunspección.

Yo—Y sus discursos en la Cámara para que continuasen los batallones de línea, aunque el Tesoro nacional no podía pagarlos, y apesar del peligro que encerraba para las libertades públicas una medida semejante?

Timoteo—Eso?... *Es falta de tino político*!

Yo—Pero, Timoteo, y aquel *negocio sucio* de la compra de votos cuando la elección presidencial, tampoco es *transgresion de los principios de la moral política*?

Timoteo—Tampoco... es simplemente un error de doctrina!

Yo—Y la *declaracion* que le oyeron al doctor Ellauri, *al Presidente de la República*, de que preferia se hundiese el país en la miseria y su nombre en el lodo, antes que correr el albur de aparecer como otro Pereira á los ojos de su partido? Esa *declaracion desvergonzada*, su conducta subsiguiente y sus *procederes criminales*, perpétuo oprobio de ese magistrado sin dignidad ni carácter, no es *transgresion de los rigidos principios de la moral política*?

Timoteo—Nada de eso señor amo; para el Dr. Costa es otro error de doctrina.

Yo—Que *angelito* es la eminente lumbrera que nos manda su luz de Buenos Aires! Estraño que un *espíritu puro* como don Floro (en el nombre por lo menos) se revuelque tanto en las inmundicias de la tierra.

Timoteo—A ese buen señor se le puede aplicar el cuento de don Justo.

Yo—Y como es el cuento?

Timoteo—Habia no sé donde un don Justo, tan sumamente pícaro, señor amo, que fué necesario decirle que se mudase el nombre ó cambiara de conducta.

Yo—De manera que tu le pedirias á don Angel?...!

Timoteo—Que se borrara su nombre espiritual poniéndose el de *diablo rojo*, ó variase de pensamientos.

Yo—Eso es pedir peras al olmo.

Timoteo—Entonces, señor amo, tornemos á reposar cinco minutos al pié de la carta *alcornoque*.

Yo—Alcornoque? Es un término fuerte.

Timoteo—No lo digo por lastimar la susceptibilidad del doctor Costa, dándole el apodo de tal, señor amo, sino porque siendo el *alcorno-*

que un árbol de muchas hojas y muy *blando* de corteza, opino que la carta se le parece por la *espesura* de las ideas, por la *hojarasca* de las frases, y últimamente por que la *corteza* ó sea el *corcho* lo arroja á sus amigos, para que estos queden *boyando* en la superficie de los sucesos, en caso de que la opinion pública quisiera echarlos *al fondo*.

Acaba la carta de D. Angel

Yo—Estoy aburrido, Timoteo.

Timoteo—Y yo, señor amo; pero ya que estamos cerca del fin concluyamos de una vez con el chorizo de don Floro.

Yo—Concluyamos... No dice nada de la *administracion moral* de don Bernardo Berro?

Timoteo—Ni una palabra.

Yo—Ni del doctor Acevedo, ni de tantos hombres honrados ó inteligentes del partido nacional?

Timoteo—Ni por cortesía. Todo el incienso es para el coronel Latorre y los individuos de la sacra familia.

Yo—Y con semejantes titulos de *justicia* se presenta reclamando el *sitio* de la posteridad? Vaya con el hombre—Cristo ó con el apóstol de la redencion oriental!

Timoteo—Ahora me concretaré á pasar una vista por los disparates *innumerables* que escribe el doctor. Supóngase su merced que suele poner, como dice un verso, *entre renglon y renglon, cada sandez como un templo*. Es un espantoso baturrillo de citas inglesas, francesas, venezolanas y españolas. Hace una descripción de las colmenas y habla de los *sárganos*, á cuyo número por cierto no pertenece; se anuncia indirectamente como el Mesias, como el salvador de nuestra mala situación económica; asegura que el *pentágono* es el simbolo de la igualdad política y democrática.

Yo—Voy á interrumpírte. No seria mejor que pusiera al *circulo* en vez del pentágono, para espresar esa igualdad?

Timoteo—Ya que se mete á hablar de lo que, segun parece, no entiende mucho, estoy con su merced en que así debió escribirlo. El *circulo* ó la *circunferencia*, cuyos puntos están á *igual* distancia del centro, representa mas acabadamente la idea de la *igualdad* política y democrática.

Yo—Y porqué diria el *pentágono*?

Timoteo—Por el *prurito* de *florearse* con

los bobos. Así son los *Floros* de esta tierra y todo el saber se los va en puros *floreos*.

Yo—No obstante ha de ser un hombre muy instruido.

Timoteo—No lo advertí á su merced? Es de una erudicion enciclopédica; pero segun la frase del Dr. Bustamante, ha *dijerido* mal sus conocimientos.

Yo—Y hay otros desatinos de ese calibre?

Timoteo—De mayor calibre todavia. Afirma que los palacios son *prismas piramidales*, que las quintas son *cubos* y que las estancias son *trapeacios*, porque decir estancias, quintas y palacios es cosa para el vulgo.

Yo—Que hombre tan original!

Timoteo—Sigue asegurando que los *sofismas* dejan sus *sandalias* ante la *materializacion del crédito*; que el corredor de Bolsa es un *higrómetro* que mueve los *músculos de sus oreas al menor rumor*, que *trasmite eléctricamente cuanto dicen y cuanto oye*; y que la opinion pública es una *trama anatómica*.

Yo—Y lo habrá entendido el coronel Latorre?

Timoteo—Su merced no debe preguntar eso. Pregúnteme si lo ha leído, y yo le juro á vd. que si ha empezado á hacerlo, habrá interrumpido la lectura de la carta á la mitad de su primera columna, destinándola á usos muy distintos, señor amo, que los soñados por don Floro.

Yo—Y yo pienso que si la ha leído por casualidad, habrá quedado en ayunas. Se necesita una asamblea de sábios para comprender, por lo que he visto, lo que piensa, lo que sabe, lo que escribe y lo que se calla el Dr. Costa.

Timoteo—Me consta que á esa reunion de inteligencias que vd. supone ha convocado el coronel Latorre, no ha asistido mi amigo D. Ramon de Ullúa.

Yo—Y Maciel, Timoteo?

Timoteo—Creo que tampoco, pues no entendería el contenido de la *epistola brillante*.

Yo—Pero formalmente cual es tu opinion respecto de ella?

Timoteo—Opino que el Dr. Costa como tiene muy poco trabajo en su estudio, para no fastidiarse, señor amo, se ocupa de dar mucho trabajo y fastidio á los que como yo, por desgracia, no tienen mas remedio que leer lo que se escribe.

Yo—Tu eres un negro imbécil.

Timoteo—Puede ser, señor amo; pero repito lo de Sócrates á Antistenes, y ya vé su merced que se me ha *pegado* la erudicion de don Angel—Yo digo pues: D. Floro, á través de los

agujeros de su manto de filósofo, veo que la vanidad sale saltando.

Yo—Eso mira ¿Timoteo?

Timoteo—Eso, señor amo, y mucha pedantería, mucho esclusivismo y mucha ansia de figurar en esta tierra, aunque sea á lo *caballero andante*, sin el escudero Sancho. Tal es mi juicio respecto del Quijote político que acaba de hacer una triste figura, porque de seguro que el coronel Latorre se ha de haber reido de su carta.

Yo—Como? Sin entenderla, Timoteo?

Timoteo—Si señor, puesto que no se precisan *entendederas* para comprender que la carta dice, desde la primera has'a la última silaba—*Mi distinguido Coronel y compatriota*: para gobernar honrada y dignamente la República Oriental, hay un solo medio—*Levantar al poder al partido conservador* y á mi como uno de sus talentos mas *brillantes*.

Yo—Y tú siendo el Gobernador como le responderías?

Timoteo—Al doctor Costa ni una palabra; pero diria para mi coletito: Amigo don Floro—*estan muy verdes!*

Yo—Y pones punto final á la conversacion?

Timoteo—Si señor, diciendo la última palabra—A chorizo como la carta, *vá mi chorizo y medio*.

Mucho ojo Gobernador

Hace tiempo que circula
Cierta *run-run* ó rumor,
Run-run que talvez no pasa
De ser un *puro ron-ron*.
Pero en fin, desde que corre
Mas que cualquier *corredor*,
Por los *cuarteles*, ó sca
Barrios de la poblacion,
Voy á *publicarlo* al punto
Por ser de *pública voz*,
Diciendo por estribillo—
Mucho ojo, Gobernador!

—
Dicen que se urden los hilos
De una audaz revolucion;
Y si es verdad ó mentira
Ese *run-run* ó *ron-ron*,
Ni lo afirmo, ni lo niego
Ni si murmuro, ni nó,
Que yo no quiero meterme
A *murmurar*, vive Dios!
Ni en tales *pellejerias*

Espongo el *pellejo* yo;
Solo repito mi canto—
Mucho ojo, Gobernador!

Hay ambiciosos pequeños
Y hay ambiciosos de *pró*,
Que cual amantes *á solas*
Fuego con pólvora son.
Si se *aparean* los unos
Con los otros ¡ay! señor,
Que golpe, que cataclismo!
Se *consume* . . . la explosión.
Después no apaga ni *á bomba*
Tal incendio, su legión
De *bomberos*, y por tanto
Mucho ojo, Gobernador!

Hay descontentos á miles,
Quiero decir por mayor,
Porque perdieron *la teta*
O de otro modo el *turron*.
Y viéndose destetados
De la *mamada* feroz,
Que heredaban cual legado,
Desde el abuelo señor,
Hasta el último biznieto.
Por derecho de . . . *succon*,
Puede que quieran de nuevo . . .
Mucho ojo, Gobernador!

Hay *serenos* que hace tiempo
Viven del aire veloz,
Y como están *á la luna*
De *Valencia* en la nación;
Puede que al fin, *atunados*
Por su *argentino* fulgor
Que les recuerda los días
En que la patria pagó
Su *argentino pré-seguro*,
Y no el *pre-supuesto* de hoy,
Hagan una *serenata*
Mucho ojo, Gobernador!

Hay caudillos de taberna
Y caudillos de salón,
Soldados, pero sin *sueldo*,
Y *licenciados*, señor,
(Me refiero á la *milicia*,
A los *abogados* no.)
Blancos que se hallan dispuestos
A bailar un *pericon*,
Y *negros* aficionados
Al *candombe* y al *calor*.
Si se reuniesen de pronto

Como una *jauria* feroz . . .
Por las dudas, por las dudas
Mucho ojo, Gobernador.

No paguen después, si llega
A realizarse el rumor
Los *impíos de toda mancha*
Por los que *culpables* son.
Las *ratas* por los *mineros*
Por otros, usted ó yo.
Andar vivo y precaverse
Es lo prudente y mejor,
Que hombre prevenido, nunca
Vencido fué, vive Dios!
Con que así, por *las resultas*
Mucho ojo, Gobernador!

VARIEDADES

La niña del día

(Conclusion)

En fin, la niña se consuela haciendo cálculos alegres y pensando rezar muchas *aves y padre nuestros*, para menear bien las cuentas de su rosario, hacerlas sonar y lucir los cambiantes de naçar.

Ya tiene elegido el puesto que ocupará en la nave mayor de la Matriz; y lo mismo que el pintor busca el buen efecto de la luz para exponer su cuadro, así la niña se colocará debajo de una de las claraboyas de la nave para hacer brillar sus cuentas, su figura y sus adornos.

Después de concluida la *seria de los trajes*, que por otro nombre se llama *nisa de una*, la niña sale dando saltitos, mirando sonriente á sus amigos, haciendo bailar el tontillo y saludar á todos los *perendengues* que carga en la cabeza, para dar dos ó tres paseos por la calle del 18, de donde al fin se retira *satisfecha de su día* y pensando ya en los nuevos adornos que ostentará á la noche en la tertulia ó en Solis.

En puntos de verdadera instrucción y no de conocimientos frívolos, la *niña del día* que posea nociones de literatura ó de historia puede ser titulada: *rara avis in terra*.

Una noche pasábamos por la calle del 25 de Mayo. Dos hermosas y elegantes señoritas de nuestra sociedad se hallaban paradas ante las vidrieras del Bazar de Bousquet, haciendo sus *apreciaciones* respecto de una pintura en exhibición.

—Quien será esta asesina? preguntaba la una á la otra, refiriéndose al cuadro. Y la otra res-

pondía—Que valor de muger! Degollar á un hombre y tener la cabeza entre las manos! Que bandolera!

La asesina y el degollado eran Judith y Holofernes.

Y las niñas, que no pierden ni una misa de una, ni una novena, ni un septenario, no conocen sin embargo *la Biblia* ni por el forro!

Doloroso es decirlo; pero salvo algunas contadas excepciones, este es el tipo general de nuestras niñas del día! Cuanta frivolidad, cuanta malicia, y cuanta ignorancia á la vez!

En que consiste esto? En la educacion, en la indolencia, ó en la naturaleza de la mujer?

Creemos que el vicio estriba en lo primero. Y en efecto, la mujer actual es casi siempre inteligente, posee viveza natural y es apta para los estudios serios y profícuos.

Pero ah! no se dedica á nada sólido, á nada interesante, á nada de benéficos resultados para el porvenir de la patria de sus hijos.... y el diamante no sería nunca nada sin el lapidario!

Esperanza.

COSAS DE NEGRO

Una verdadera *cosa de negro* tuvo lugar dias pasados en la esquina de las calles de San José y Florida.

Es el caso que un changador preguntó á un moreno que tiene de ordenanza el Gobernador Provisorio, si *Latorre estaba en su casa.*

Al oír el ordenanza que el changador se expresaba de un modo tan familiar tratándose de un hombre que ocupa el alto puesto del coronel Latorre, la emprendió á *trompts* con el atrevido.

El moreno, por lo visto, quiere que se guarden con su gefe las consideraciones y miramientos debidos.

Y yo, por Dios que me alegro,
Pues en el fandango actual;
Todos, por bien ó por mal
Hacemos *cosas de negro.*

Por falta de espacio dejamos para el número siguiente la publicacion de la primer biografía política ofrecida al público.

El Dr. Costa ha tenido la culpa. La estension de los comentarios que hace Timoteo á su carta de *negro*, nos ha impedido cumplir nuestra promesa.

En uno de nuestros números anteriores publicamos un aviso respecto de un perro de presa que se habia extraviado de las Tres Cruces.

Parece que dicho perro acaba de aparecer en Paysandú, de cuyo punto nos remite un señor *Tapari* la contestacion que insertamos mas abajo.

En cuanto al premio que reclama, le mandaremos la escritura de propiedad de la mina prometida en Cuñapirú.

Hé aquí la respuesta enviada al *Negro Timoteo*:

Compadre, el perro de presa
Que *juyó* de esa *ciudad*,
Lo ví cruzar por acá
Agachando la *cabeza*.
Pero si á *usté* le interesa
El saber su paradero;
Pregunte á un *perro faldero*
Que por *Gofio* es bautizado,
Pues los dos se han encontrado
Se han visto, se han conocido,
Se han *me...cido*, se han oído
Y despues se han separado.
Con que así, querido ñongo,
El tape de Paysandú,
Debe cobrar, me supongo,
La mina que el negro congo
Ofreció en Cuñapirú.

CHARADA

Mi primera y segunda
Vive en la pampa;
Prima y terciá, un canario
Lo hace en la jaula.
Y está mi todo,
A un banquero quebrado
Dándole bombo.

El señor D. Meliton Gonzalez ha sido nombrado por el Gobernador Provisorio para ocupar la vacante del señor Canstatt.

Es, pues, director general de *Obras públicas*, por *obra* de S. E.—Tampoco es un *secreto* para nadie que D. Meliton es *hermano político* del coronel Latorre.

Cayó Gonzalez parado
Así que al *pago cayó*,
Pues tan luego que llegó
Me lo hicieron diputado.
Por *fuerza* mayor despues
Cayó sin pago, mas veo
Que hoy, con la *fuerza* de Anteo
Ya anda parado en dos pies.
Está chupando el turron
Desde que á su tierra vino,
Viva, pues, el chupandino
Hurra señor Meliton!